

6.^a
edición

Las hijas del César

Cuando
Lucius Augusti
se convirtió
en leyenda

Pablo Núñez

Historia Eterna

NOVELA
histórica

Pablo Núñez

Las hijas del César

**Cuando *Lycvs Avgvsti* se convirtió en
leyenda**

***“En el extremo del mundo, donde dos
civilizaciones se dan la mano, el peligro y
la pasión acechan a las hijas del hombre
más poderoso del Imperio”.***



ROMANOS

ROMA. CIUDAD IMPERIAL

Anocheía sobre la ciudad de los dioses, y el hombre más poderoso del mundo conocido caminaba solo entre mármoles blancos y estatuas de mirada acechante. El César, el padre de Roma, el dios de todo un Imperio arrastraba su cojera por los pasillos del Palatino. Era más bien herencia de las luchas de juventud en *Germania*, batallas sangrientas que los generales no aconsejaban, pero que el corazón de un romano no podía evadir.

—César, dos senadores solicitan audiencia. —Cornelio era su ayudante desde hacía casi cincuenta años, su mano derecha desde que ambos eran impetuosos legionarios ávidos de gloria. Pero lo que le llenaba de orgullo era que César lo consideraba su único amigo, llegando incluso a declararlo ante la Curia repleta de senadores.

—No, Cornelio. Ahora no, los recibiré mañana. —Su mirada se perdía en el horizonte. A través de las pequeñas ventanas del Palatino podía contemplar su amada Roma desde una posición inmejorable.

—Está bien, yo me encargo de comunicárselo.

LEGIO. HISPANIA

Una larga jornada de marcha a caballo había dejado exhaustos a los soldados romanos, que antes del merecido descanso se reunían en torno al fuego. Una comida ligera y viejas historias de combates a muerte eran la fórmula preferida por los legionarios para terminar el día.

No era un grupo de soldados cualquiera, de los muchos que minaban el Imperio desde *Germania* a Judea, desde *Britannia* a Mesopotamia. Sus componentes pertenecían a la Guardia Prima, la guardia de élite al cuidado personal del mismísimo César. La formaban hombres curtidos en mil situaciones de peligro y no adolescentes en busca de aventuras o de hacer carrera en el mayor ejército que la historia había conocido hasta entonces. Algunos provenían de familias patricias, otros ganaban su libertad mezclando su sangre con la arena del Coliseo.

La razón de ser de la patrulla romana se debía a la protección de una viajera especial, Livia Augusta, la hija del primer romano. De ahí la naturaleza de sus acompañantes. Al César le iba algo más en aquel viaje que los meros intereses del Imperio.

Livia pasaba casi desapercibida entre los soldados. Su atuendo era el mismo, incluso lucía la capa negra que distinguía a la Guardia Prima. Pero por muy hija del César que fuese, una mujer de tan extraordinaria belleza siempre despertaba alguna que otra mirada lasciva por parte de sus acompañantes.

Junto a Livia, además de su escolta, viajaban siempre sus hermanas adoptivas. Dunia y Loberia eran hermanas entre sí, o eso creían todos, pues César las encontró en un descampado a las afueras de Esparta y las recogió en su propio caballo. Su padre adoptivo regresaba de una campaña con el objetivo de aplastar una rebelión que sembraba de muerte las ciudades de la frontera. Entonces se encontró con dos niñas que sollozaban sobre el cuerpo sin vida de su madre. La mujer yacía con dos flechas en el abdomen.

Con las tres muchachas marchaba Taurus, un gigante germano, hijo de esclavos de la hacienda que los abuelos de Livia poseían en *Hispalis*, al sur de *Hispania*. Taurus había crecido con Livia y tenía el honor de servirla, al igual que sus antepasados a la familia de ella. Aunque era ya un hombre con plena libertad y con ciudadanía romana propia, seguía los pasos de Livia allá a donde fuese. En Roma dormía en una habitación contigua y ya en varias ocasiones le había sacado las castañas del fuego. Su admiración y lealtad a veces traspasaba la servidumbre o la amistad, y el gigantón parecía albergar sentimientos ocultos. Escondidos o no, estos eran siempre nobles. La

nobleza de Taurus estaba fuera de toda duda, al igual que su valor y su fuerza.

LUCUS AUGUSTI. GALLAECIA

La vista era impresionante. Millones de pequeños bloques de piedra perfectamente alineados formando una majestuosa fortificación, que separaba a los romanos y a sus familias de los antiguos habitantes del lugar. Solo los más venerables ancianos se acordaban de los relatos de sus abuelos, historias de tiempos que desconocían la existencia de aquellos extranjeros que venían de Roma. Lo que ahora se convertía en una ciudad del Imperio, *Lucus Augusti*, era antes una humilde aldea galaica dedicada a la ganadería, la agricultura, y a evitar en lo posible buscarse problemas con los pueblos vecinos.

Nuadu podía ver sobre la muralla una infinidad de antorchas, unas fijas y otras serpenteando por el adarve, en manos de los centinelas que permanecían de guardia. Los romanos sabían construir.

El pueblo de Nuadu, que en otro tiempo había sido el más beligerante contra la invasión, colaboraba ahora en los trabajos de construcción, en parte porque la protección que ofrecían los soldados podría venirles muy bien en el futuro.

El joven celta era escultor. Habían pasado ya unos años desde que un arquitecto romano descubrió por casualidad cómo Nuadu tallaba en una gran piedra el ídolo de un dios desconocido con la perfección de las esculturas de Atenas. Valeriano, así se llamaba el arquitecto, le ayudó a integrarse entre los mejores obreros cualificados romanos. Sus estatuas y bustos lucían en la casa del legado, y tenía encargos para el nuevo templo, para los hogares de los oficiales de la legión y para los de los propios arquitectos e ingenieros.

Nuadu regresaba a su pueblo antorcha en mano. Su última mirada era a diario para la gran muralla que tanto admiraba, una admiración no solo hacia las obras de Roma, sino más bien hacia sus gentes y sus costumbres, hacia su ejército y su comercio. Más que un invasor, el romano era un pueblo

integrador, que acogía como ciudadanos a los miembros de muchas de las tribus de *Gallaecia*, especialmente a las situadas hacia el Norte.

La misma visión pero desde el lado opuesto la compartía Paulo Máximo, legado romano y general de la legión del César destinada en la zona. La suya era una mirada distinta, la del hombre que comprueba que la guardia está en su sitio, si las puertas están protegidas y si la ciudad duerme tranquila sin su presencia. Montaba a lomos de un blanco y espléndido caballo, regalo de su padre, el senador Paulo Fabio.

El legado se dirigía calzada abajo para gozar de las aguas termales, una gran suerte disfrutar de comodidades así en un lugar tan alejado. No eran las termas de Caracalla, pero allí oficiales y simples legionarios se relajaban en busca de descanso y tranquilidad. Para Paulo Máximo no era un lugar para evadir los problemas del mando, lo era para dar rienda suelta a la nostalgia y al recuerdo de su Roma natal. Él era romano, y nacido en la propia ciudad eterna, algunos césares ni siquiera la habían pisado. Paulo, en cambio, se sentía orgulloso. Su padre tenía una casa próxima al Templo de Apolo, con vistas al Tíber y a la misteriosa isla Tiberina. Añoraba su casa y a su familia. Cuando el César lo envió a *Hispania* no pudo imaginar qué había hecho para merecer un castigo semejante, pues sus campañas con el ejército eran ejemplares. Su educación provenía de los senadores y su preparación abarcaba conocimientos acerca del derecho romano, la administración y la justicia. La misión en *Lucus Augusti* consistía en terminar la muralla y construir bajo su protección una ciudad que fuese la envidia de otras urbes del Imperio. El César le hizo ver la importancia de su destino para el comercio y le pidió que gobernase en su nombre, y su padre, el senador, le aconsejó que lo aceptase con honor y dedicación. No quedaba otro remedio que cumplir las órdenes, por lo que decidió no rechistar.

Paulo deseaba volver a casa con honor y servir al pueblo desde la Curia. El cargo de senador le correspondía por parentesco, lo cual resultaba una golosina muy apetecible. En breve llegaría a *Lucus* un enviado del César. Los correos traían noticias de su proximidad, pero el legado no tenía ni idea de quién podía ser, ni de cuál era el propósito de su inesperada visita.

Se inclinó hacia atrás, dejando que el vapor inundase sus pulmones y el sudor recorriese su cuerpo casi desnudo. La única prenda que lo cubría era una toalla roja que lo diferenciaba de los demás ciudadanos, que la vestían blanca. Hasta en un balneario existían las diferencias de clases, pero no le correspondía a él cambiar aquella situación. Todos terminaban el día bañados por las aguas ardientes, aguas de las profundidades de la tierra, que por misteriosas razones nacían en la misma orilla que las heladas aguas del *Minus*, un caudaloso río que atravesaba toda la *Gallaecia* hasta desembocar en *Lusitania*, al norte de *Bracara Augusta*. No era el Tíber, ni Roma, pero al menos los recuerdos encontraban un lugar para vivir en la imaginación de Paulo Máximo.

LEGIO. HISPANIA

Casi todo el destacamento dormía y solo dos legionarios permanecían junto al fuego, aunque no eran lo que parecían. Livia y Dunia, ataviadas con uniforme de soldado, hablaban mientras contemplaban las estrellas, escuchando de fondo a los grillos y alimañas nocturnas.

Ambas mujeres se hallaban recostadas mirando hacia el cielo. Livia sostenía en su mano una espada muy diferente a la de cualquier romano. La empuñadura, tallada en marfil, era un regalo del César y provenía de las tierras del Nilo. Se decía que el mismísimo Marco Antonio se la había arrebatado a un guardia de Cleopatra al intentar entrar una noche en su alcoba.

—Escúchame, Dunia. No discutiré las órdenes de mi padre. —La voz de la joven sonaba agotada, la dura jornada hacía mella.

—Yo tampoco llevaré la contraria al César, pero después de un año en *Hispalis* podría enviar a otro a *Gallaecia*.

—En *Hispalis* estábamos descansando y ya añoraba sentir que me necesitan. Le demostraré que aunque sea una mujer puedo representar a Roma como cualquiera, creo que al fin se da cuenta de lo que pienso.

—Nosotras siempre te apoyaremos, y eso que Loberia se nos despista con facilidad, ¿verdad?

Ambas soltaron una carcajada. Era cierto que los despistes de la otra huérfana, hermana adoptiva de Livia, eran frecuentes. A Lobi le apasionaban los hombres, sobre todo los soldados, hombres duros que pudiese dominar y convertir en su juguete. A poca distancia de sus hermanas, en la tienda del centurión Flaco, encontraba otros brazos que sumar a su interminable colección de amantes. Ellas lo sabían, y por eso reían las aventuras de su alocada hermana.

—¿Cuál es tu misión, Livia?

—Vamos a *Lucus Augusti*. La legión construye allí una muralla desde hace dos siglos y el César nos envía para los festejos de inauguración. Es un pretexto.

—Esas son las noticias que nos trajo el correo en *Caesaraugusta*, pero tú sabes algo más, si es el pretexto. ¿Qué es realmente lo que vamos a hacer en *Gallaecia*?

—Los exploradores del César han encontrado minas de oro y estaño en el sur de *Gallaecia*, el lugar exacto es aún un secreto. *Lucus Augusti* tiene defensas y soldados suficientes para albergar un almacén y punto de partida hacia Roma. *Lucus* se comunica con *Bracara* y *Asturica Augusta* a través de nuestras calzadas. Es una posición militar ideal.

—*Lucus Augusti*, ¿no es la ciudad de Paulo? Él cuenta con la confianza del César, pero si nosotras intervenimos quizá signifique que ya no confía tanto. Ya verás cuando Lobi lo sepa, piensa que vamos a *Asturica*. Yo también lo creía hasta ahora.

—Los ojos del César observan a Paulo si estamos tan cerca. Será una buena motivación para él. En cuanto a Loberia, yo me encargo de que no nos busque problemas.

Aunque no lo aparentaba, Livia estaba preocupada, su hermana y el legado habían sido algo más que buenos amigos. Paulo Máximo había abandonado a su primera esposa hechizado por los encantos de Lobi, cuando esta todavía era una niña de diecisiete años. Livia sintió un ruido a su espalda.

—Taurus, puedes retirarte. —El gigante vigilaba a una prudente distancia sin apenas moverse.

Desnudo y aún jadeante, el larguísimo cuerpo de Loberia se tendía sobre el centurión Flaco, soldado de Roma y cristiano confeso. El hombre se hallaba de espaldas sobre unas pieles. Sumido ya en el cansancio del amor, la mujer tenía a Flaco donde quería, en el lugar en el que la confesión del amante brotaba de los labios como el vino del ánfora de la que ella servía al romano.

—Toma más vino, Flaco, es el vino del César, néctar de dioses. Lo elaboran en las montañas de Creta y si yo estuviese en tu piel aprovecharía la oportunidad, quizá no vuelvas a probarlo.

—Si fuese el César estaría ebrio todo el día, con un caldo así haría de la borrachera mi forma de vida. —Flaco no sabía que Loberia añadía al líquido su propia cosecha después de la fermentación.

—Dime, amor mío. Livia parece muda y tú tienes que saber algo más que yo a estas alturas, ¿cuál es nuestro destino?

—En principio nos dirigimos a *Asturica*, allí nos espera un grupo de unos mil legionarios que luego nos llevaremos a *Lucus Augusti*.

—¿Y qué diablos...? —Lobi no podía esconder su sorpresa, sabía perfectamente quién gobernaba en la nueva ciudad imperial, y pensaba para su interior en posibles razones que impulsaban a su padre con tanta urgencia.

—Solamente Livia conoce las órdenes de César, lo que yo sé es por la información que nos ha dado mi general en Roma. Antes de mi partida me ordenaron que saliese a vuestro encuentro en *Caesaraugusta*.

Loberia se dio la vuelta para taparse con las pieles. Seguro que Dunia estaría al corriente y podría saciar su curiosidad, pero a Lobi le divertía más su propia manera de averiguarlo, ¡Flaco el centurión, vaya corderito! ¿Y a Paulo, le habría sonreído la vida? La tristeza la invadió y sus amargos recuerdos brotaron de nuevo a la superficie. El sabio que dijo que todas las heridas se cicatrizarían por el simple paso del tiempo metía la pata hasta el fondo.

ROMA

Postrado sobre un diván, el César meditaba en silencio. Su semblante resultaba triste. En su mano derecha sostenía una copa de oro rebosante de vino de *Hispania*, que en nada envidiaba al de Creta. Hasta Baco se sonrojaría si lo hubiese catado. Y era allí, en las cálidas tierras hispanas, donde realmente vivían los pensamientos del César.

—Ya los he despachado. Eran Plinio y Horacio Séptimo, venían por delegación del Senado para conocer de primera mano la situación de *Germania*. —Cornelio regresaba a los aposentos de su amigo y señor.

Era una estancia enorme y totalmente rodeada por blanquísimas columnas de mármol, entre las cuales descansaban los bustos de los anteriores emperadores y las estatuas de Júpiter y de la diosa Diana, la preferida del César por su afición a la caza. Existía una sola entrada custodiada por dos veintenas de pretorianos de la Guardia Prima, no había ventanas y todo estaba diseñado para la protección del emperador. En un extremo, y escondida tras unos biombos, estaba la alcoba. Nadie sospecharía que el César dormía en el mismo lugar en el que trabajaba. En el otro lado, media docena de divanes y unas mesitas de baja altura para el descanso o la breve comida anterior a la vuelta al trabajo. Y, situada en el centro de la habitación, una mesa de piedra negra sobre la que se esparcían multitud de papeles y pergaminos enrollados sobre una maqueta de Roma. Por detrás, un tablero de madera mostraba mapas de todos los territorios del Imperio Romano y de la propia ciudad.

La mesa del despacho escondía un secreto. Bajo su frialdad, y oculto totalmente por la oscuridad que reflejaba el color y la sombra de la piedra, se abría un pequeño hueco que conducía a las escaleras. Una vía de escape que aguardaba impasible, esperando el día que el César la utilizase como última esperanza ante una invasión del Palatino que la guardia no fuese capaz de sofocar. Un pasadizo subterráneo lo conduciría por un auténtico laberinto hasta el Tíber o a las afueras de Roma. Si el camino escogido era el del río, allí atracaba la galera imperial, siempre dispuesta a alzar sus remos para dar cobijo al emperador hasta puerto seguro. El secreto estaba tan bien guardado que solo César, Cornelio y cinco guardaespaldas conocían su

existencia. Ellos mismos lo habían reconstruido aprovechando los túneles y catacumbas de los prófugos cristianos, y ellos serían los que sacarían de allí al primer romano en caso necesario. Los cinco contaban con total confianza. Habían luchado con César y Cornelio en el ejército, en la misma centuria. Cornelio solía decir que la unión que hace la sangre en los hombres es tan fuerte que ni el mismo Júpiter sería capaz de romperla. Y no iba descaminado. Para los cinco, el emperador estaba primero y los dioses en segundo lugar.

—¡Vaya, Plinio y Horacio! La Curia no envía a cualquiera, ¡pues sí que les preocupa *Germania*! Mañana los atenderemos.

El César restó importancia al asunto y volvió a sumirse en sus propios pensamientos. Tradicionalmente los emperadores que antes habían servido como soldados dejaban a una prudente distancia los consejos del Senado, y los utilizaban solo con fines políticos o por propio interés.

—¿Qué te preocupa, César? Pareces ausente, te acuerdas de tus hijas, ¿verdad?

—Hace mucho tiempo que no las veo. Livia no quiere disfrutar de los privilegios de Roma y se empeña en atender obligaciones que bien podría llevar algún cónsul o algún general.

—Tú eres su padre y sabes mejor que nadie que Livia nació para el mando. Si fuese un hombre llegaría a ser César, ¡y vaya César se pierde el Imperio!

Era cierto, Livia estaba preparada para todo, las tres habían estudiado con los mejores gobernantes y senadores y conocían a la perfección las obligaciones de su padre. Y Taurus las adiestraba personalmente en las artes de la guerra, la defensa y el uso de las armas, cuyo dominio les permitiría pelear de tú a tú con muchos soldados o gladiadores.

—Es verdad, Livia es como su madre. Pero echo de menos a mis hijas, y en estos momentos no puedo hacer nada para volver con ellas, me hago mayor. Si al menos estuviesen aquí, todo sería distinto, lo que ocurre es que Livia es orgullosa y no vendrá hasta que termine su misión.

—¿Por qué ella?

—Mis hijas piensan que no creo en su valía para la atención de asuntos oficiales, además, yo creo que Livia sabrá manejar al legado Paulo Máximo. Dun y Lobi la ayudarán.

—Puede ser peligroso.

—Espero que te equivoques. Paulo tiene controlada *Gallaecia* pero los pueblos del norte de *Lusitania* me preocupan mucho más. Tengo una legión al completo en *Lucus Augusti* y más soldados en camino desde *Legio* y *Asturica*. Mis hijas saben defenderse y, por si fuera poco, tienen al bueno de Taurus. Él daría su vida si las cosas se pusiesen feas.

—Serás todavía más poderoso si es cierto lo de esas islas.

—Ese tema no me interesa si no consigo que Livia perdone los errores del pasado. Huyó con las chicas a *Hispalis* por mi culpa. Mientras no lo haga, no podré cerrar la herida que desangra mi interior. Las islas seguirán en el mismo lugar, pero yo no viviré eternamente.

—Júpiter estará a su lado.

MEILOND. GALLAECIA

No era una travesía larga pero la oscuridad de la noche retrasaba la marcha. Nuadu llegaba a su casa después de salir de la ciudad romana, atravesando la calzada por el puente y dejando a un lado las termas. Luego siguió las sendas de tierra a orillas del río *Minius* hasta arribar a la aldea.

Meilond era un poblado bastante grande. Se asentaba sobre una colina, formando un círculo que rodeaba completamente un muro de tres metros de anchura y cuatro de alto. No podría compararse a la muralla de *Lucus* pero presumía de una buena defensa.

Dentro de los muros vivían unos trescientos celtas, y en las afueras se extendían por la ribera del río las tierras de labranza y cercados para animales. Sus hogares eran una especie de cabañas rústicas, construidas con formas circulares u ovaladas. Al menos eran una treintena de chozas y no todas habitadas. El herrero tenía la suya, al igual que las curtidoras o los carpinteros. Y las más alejadas se utilizaban para guardar grano, madera o para almacenar carne y pescado ahumado.

Hacia el fondo de Meilond se alzaban dos grandes cabañas de mayores dimensiones que las demás, una para las reuniones del poblado, y otra en la que vivía el jefe Tuatha con su familia. Tuatha, al que le gustaba que le llamasen *el Consejero*, era el padre del joven escultor.

Las casas celtas se construían sobre una planta circular, sus muros se formaban por pequeñas piedras colocadas más bien al azar que por la pericia de algún obrero experimentado, y no existía abertura alguna salvo la propia puerta. El techo se tejía con una auténtica red de madera, paja y helechos entrelazados para impermeabilizar la superficie, evitando que la lluvia pudiese traspasarlo y deslizarse hasta el interior. En el centro de la estancia, un hogar rodeado por piedras para no perder calor, el fuego se mantenía avivando los rescoldos permanentemente durante el invierno. Y así sus habitantes soportaban las gélidas temperaturas. Los celtas dormían o descansaban lo más cerca posible del fuego, para lo cual dividían pequeños recintos mediante simples cortinajes de pieles curtidas. Al otro lado del hogar, bancos de madera y una mesa, bien colocados para recibir directamente la caricia del calor de las brasas. Casi todas las chozas disponían de un horno de leña en el muro exterior para la cocción de cereales. Eran moradas humildes y austeras, bastante diferentes del lujo de algunas villas romanas, pero los norteños no necesitaban otra cosa que un lugar para dormir y una tierra en la que trabajar.

Nada más traspasar el umbral, Nuadu fue recibido con tal ímpetu que casi se cae al suelo. La efusiva muchacha que lo esperaba era su hermana Rosmerta, una bella joven de cabello rubio y ojos claros de color verde.

—¿Cómo está *el viejo*?

—No mejora, cada vez respira peor. —La chica había cambiado el semblante. La radiante sonrisa se tornó en preocupación imposible de disimular.

—Ros, es mejor que empieces a hacerte a la idea, quizá no pase de este invierno si no hay mejoría. Aguanta porque tiene la fortaleza de un toro, es increíble.

—Si Tuatha se muere, tú tendrás responsabilidades.

—Yo soy un simple escultor, espero que nuestro padre resista su enfermedad y se recupere, lo necesito. No estoy preparado.

—Lo estarás, estoy convencida.

LUCUS AUGUSTI

De vuelta de las termas y de su nostalgia, Paulo Máximo subía al trote hacia la ciudad. A su paso por una de las cuatro entradas que traspasaban la gran muralla, los legionarios estiraban sus cuerpos cuadrándose ante su general.

—Ave, Paulo. La guardia te saluda. —Un centurión alzaba la barrera.

—Vigilancia, soldados. Nuestra vida depende de vuestros ojos, tenedlos bien abiertos.

Paulo desmontó para guardar su caballo y, después de acariciarlo, se dirigió a su casa. Era una villa amplia, aunque no la más grande de *Lucus Augusti*, quizá porque a su dueño no le gustaba presumir. A la hora de escoger su ubicación y su forma, primó mucho más la idea de la comodidad y la cercanía a su consulado que el lujo o la espectacularidad de otras construcciones. De planta rectangular, la villa se dividía en dos partes, una de vivienda y otra más grande en la que se integraban el patio y los jardines. El exterior se vigilaba día y noche por soldados escogidos personalmente por el legado. El interior era el típico hogar romano, justo al traspasar la entrada aparecía un vestíbulo y a continuación un largo pasillo que atravesaba toda la vivienda hasta llegar al jardín. Por el lado izquierdo, los dormitorios, la despensa, la cocina y el comedor. Al otro lado del pasillo, un gran salón para el descanso, un cuarto de trabajo para Paulo y otro mucho más reducido en el que descansaban los dioses familiares.

Más o menos en la mitad del jardín, un depósito cuadrado recogía el agua de lluvia que luego era utilizada en la casa. Su fondo consistía en un vistoso mosaico, con el que los obreros que construían la casa quisieron obsequiar al legado. El regalo se mantuvo en secreto hasta el último día para asegurar la sorpresa. Y Paulo, al verlo, no pudo evitar emocionarse. Más allá del jardín se extendía la zona de los sirvientes y las cuadras para los caballos y los animales domésticos. A esta zona posterior se entraba por una puerta

conducente a la callejuela lateral, así el servicio no entraba por el mismo lugar que la familia y los animales podían guardarse sin tener que atravesar toda la casa.

La llegada del padre a una casa romana era siempre un acontecimiento, incluso los niños lo esperaban para acostarse después de la plegaria diaria a los dioses del hogar. Se oraba ante las imágenes de cera de los antepasados, a los que se pedía protección y ayuda, además de agradecer a los dioses supremos por dejarles con vida una nueva jornada. El padre era el amo absoluto de su hogar, podía quitar la vida a los siervos e incluso a sus propios hijos. Esta situación estaba a punto de cambiar, al César siempre le había parecido una costumbre más propia de un pueblo salvaje que de un imperio civilizado como el suyo. Por ello, desde hacía un tiempo no dudaba en pelearse con el Senado para derrocar el derecho del *paterfamilias*, y trocarlo por un sistema democrático. Como, por ejemplo, someter los excesos que pudiesen cometerse al arbitrio de una especie de tribunal de parientes. Este tribunal, por medio de un censor, sería un primer paso para introducir en la sociedad familiar costumbres más modernas.

Petronia recibía todas las noches al legado. Era su segunda esposa y madre de su hija menor. Su primera mujer, Flavia, se había suicidado por la traición de Paulo. Poco después de darle dos hijos que lo llenaban de orgullo, él cayó en las venenosas redes de la hija pequeña del César. Flavia, celosa de los encantos de una chiquilla que le arrebatan lo que más quería, se quitó la vida cortándose las venas en el lecho del senador Paulo Fabio, el padre de su esposo. El emperador había callado el suceso para no implicar en exceso a su propia familia, y Paulo sospechaba que esa era la verdadera razón de su destino en *Hispania*. Esa fue su salvación. Sin la mediación de su padre quizá no viviese para contarlo, y algún callejón escondido de Roma hubiese sido mudo testigo del final de sus días. El viejo senador se cobraba, a cambio de la vida de su hijo, las antiguas rentas sin las que César todavía sería un simple general y no el dios de un imperio. Pero la vida pasa, y los hombres vuelven a soñar. Su ilusión consistía ahora en un regreso triunfal, con el pueblo y el Senado de Roma rendidos para reconocer sus servicios. ¿Acaso no lo merecía? Paulo regalaba lo mejor de su vida llevando por delante el famoso estandarte en el que se leía *spqr*.

Cuatro letras que no eran solo una arenga para los legionarios, sino también una forma de vida, la suya.

—Descansa, legado. ¿Qué tal el día, mi amor? —Petronia tendía a su esposo una copa de vino.

—Muy duro, esperamos a los enviados de Roma, el César me manda nuevas ordenanzas.

—Quizá vuelva a reclamarte a su lado.

—Esperemos que tengas razón, pero la llegada de los mensajeros es todo un misterio. No sé a qué narices vienen a *Lucus*. Estamos tan alejados que podrían invadirnos los germanos y no saberlo hasta que los viéramos trepar por los muros.

—Tranquilo, Paulo. —Tras unos cariñosos susurros, las pequeñas manos de Petronia se deslizaron bajo la toga, él se relajó y se entregó sin oponer resistencia. Quizá los cuidados y el amor de la mujer dejaran a un lado los problemas y las sospechas.



SOSPECHAS Y TRAICIONES

ASTURICA AUGUSTA. HISPANIA

Tras varias horas al galope con Livia Augusta al frente, el destacamento de capas negras llegaba a *Asturica Augusta* procedente de *Legio*.

—¿Quién va? —El centurión encargado de la guardia de entrada se interpuso entre la barrera y el caballo jadeante de Livia.

—Me llamo Livia, centurión, enviada de Roma.

—¡Abrid paso a Livia Augusta, llamad al general!

El general Vitelio estaba al mando de las cuatro legiones asentadas en el campamento de las afueras de la ciudad. Había recibido el encargo de preparar y adiestrar personalmente a varios centenares de soldados, que reforzarían al contingente de *Lucus Augusti*.

—Ave, Livia. Soy Vitelio, te saludo y te doy la bienvenida.

—Gracias, ya pensaba que no llegaríamos nunca. Indica a mis hombres un lugar para descansar y luego acompáñame.

El campamento se parecía bastante a cualquier asentamiento legionario, gran cantidad de tiendas idénticas que se situaban a lo largo de calles perfectamente alineadas y perpendiculares. Tenían también la tienda hospital, la cárcel, la intendencia, cocinas, herrero y varios cercados para los caballos y las bestias que arrastraban las carretas. Todo ello, rodeado por una fortificación de troncos de pino, álamo o cualquier otro árbol que no estuviese demasiado lejos para su tala y posterior transporte. La velocidad con la que se construía una defensa provisional de esas características era sorprendente, los romanos conocían la importancia de tener un parapeto en el que refugiarse.

La tienda de un legionario era sencilla. Se diseñaban solo para el descanso y contaban con una zona común, en la que los hombres se amontonaban sobre hierba seca para dormir arropados únicamente por pieles. Antes de dormir, colocaban sus armas formando hileras y siguiendo el mismo orden que ocupaban sus dueños en el pequeño recinto que por un tiempo les serviría de hogar.

Y allí estaban las espadas, los cascos, y por delante las corazas de láminas de hierro y cuero con guarniciones de bronce. Al fondo, las lanzas, dos para cada soldado. Una más alargada que la otra, de madera y con punta de hierro, se utilizaba para la defensa. La otra, la jabalina corta, servía para lanzar a distancia y su peso era mucho menor para favorecer su vuelo. Los escudos, de cuero y madera con refuerzos metálicos, parecían esperar ansiosos a que llegase el momento de combatir nuevamente.

Sin todo este equipo, los soldados vestían una toga corta que durante el trabajo llevaban bajo la coraza. La toga les daba la comodidad que los

pesados equipos no podían ofrecer, aparte de suavizar en gran medida la dureza del cuero.

La tienda del general Vitelio marcaba el centro del asentamiento. Para sus soldados, más que su general era su padre. Si alguien tenía un problema o una enfermedad, él estaba siempre a su lado. Si un hombre moría en la batalla, el brazo de Vitelio era el último que sentiría antes de partir hacia el otro mundo. Su tienda tenía igual tamaño que el resto, solo se diferenciaba en la posición central que ocupaba y en la guardia que permanentemente se apostaba en la entrada.

Después de estirarse y asear sus sudorosos cuerpos para arrancar el polvo del viaje, Livia y sus hermanas entraban en la tienda del general. Vitelio las recibió en la puerta.

—He ordenado que os acomoden aquí, siento la falta de espacio.

—No es necesario, nos iremos a otro sitio. Además, partiremos al amanecer.

—Insisto, ya lo he dispuesto, pocas veces tengo el honor de recibir a tan distinguidas visitantes. ¿Ha de ser tan rápida vuestra marcha? Nos gustaría que permanecieseis varios días entre nosotros.

—Debemos llegar a *Lucus* lo antes posible y aún nos quedan varias jornadas de marcha. No podrá ser. —Livia se sentó en una silla de madera, sus hermanas la imitaron pero solo ella hablaba. Taurus permanecía inmóvil como una roca.

—Vitelio, ¿puedes hacer que nos traigan agua?

—Desde luego. —El general hizo una simple seña a uno de sus ayudantes, luego se volvió y siguió hablando. —Hace días que tengo todo preparado, los hombres que pidió el César están a punto y perfectamente equipados, llevaréis un centenar de carretas cargadas con cereales y armas para reforzar a Paulo Máximo. No se me ha ordenado nada con respecto a los caballos, pero me he permitido incluir tres docenas para que los vuestros puedan descansar.

En ese instante, dos soldados entraron en la tienda. Uno portaba dos jarras de agua y el otro una bandeja con pan, carne ahumada y algo de fruta. El más alto lucía dos cicatrices en ambas mejillas y una corpulencia semejante a la de Taurus. El hombre estaba algo nervioso con la presencia de las visitantes,

pues no era habitual tener mujeres en el campamento y cuando aparecía alguna por allí se convertía en todo un acontecimiento. Loberia, que tenía un sexto sentido especial para aquellas situaciones, se alzó y comenzó a contonearse ante sus narices. El soldado casi tira la bandeja al suelo pero consiguió sujetarla con fuerza. Lobi vio entonces la mirada amenazadora de Livia y se sentó al momento como si no hubiese pasado nada.

—Perfecto, el César sabrá lo bien que has respondido a sus órdenes, ¿qué sabes acerca de nuestra misión? —Era Dunia la que preguntaba al general.

—Soy un simple soldado, noble Dunia, no hago preguntas y cumplo con mi deber. Sea lo que sea lo que os lleve a *Gallaecia*, mi misión terminará en cuanto emprendáis viaje. Entonces estaréis en manos de los dioses, y espero que la suerte os guíe y os proteja.

—Gracias, Vitelio.

Vitelio las saludó y a continuación abandonó la tienda. Taurus se apartó de la entrada para dejarle paso. El germano se volvió hacia las mujeres.

—Aquí estaréis cómodas. Yo colocaré una silla en la puerta y dormiré en ella.

—Mi buen Taurus, siempre a mi lado. —Livia tendió sus agotados huesos sobre un diván. Sus hermanas ya lo habían hecho nada más salir Vitelio.

Quinto era un legionario distinto. Él y su hermano Tracio habían nacido en *Salmantica*. Su padre era un recaudador de impuestos romano. Con poca edad solicitaron unirse a la legión, atraídos por los botines que se repartían los soldados tras la batalla. Eran mercenarios, combatían por dinero, sin compartir el ideal de otros como su general Vitelio, un ideal encaminado a engrandecer día a día al Imperio Romano.

Los hermanos, poco apreciados por sus compañeros, tenían fama de que podrían vender a su madre por unas monedas. Quinto era el mayor. Si él disponía, Tracio ejecutaba. Odiaban a Roma, odiaban a su ejército y a cualquiera que se cruzase en su camino. En combate solían ser crueles, feroces, quizá por eso aún los admitían allí. Eran capaces de todo y se enfrentaban a cualquier encargo por peligroso que fuese, con una valentía que rondaba la locura.

Llevaban más de seis meses en *Asturica*, hacinados entre miles de soldados a los que no soportaban. Y, para colmo, los rumores hablaban de una inminente partida hacia *Lucus Augusti* sin ninguna noticia acerca de su regreso. Los labios de Quinto esbozaron una extraña sonrisa. Su maléfica mente trabajaba en silencio.

Dentro de la tienda de Vitelio, las jóvenes romanas se despertaban con la voz del rubio gigantón que les daba los buenos días.

—Vamos, en pie, vistámonos pronto, próxima parada: *Lucus Augusti*. Taurus, trae los caballos, y vosotras id a ver si los legionarios y las carretas están listos, y Lobi...

Loberia miró a su hermana.

—No te distraigas, tú ya me entiendes.

—¡Será posible! Vaya fama tengo, pero si soy un angelito.

La pícara muchacha sonrió y salió con Dunia hacia el lugar de descanso de la Guardia Prima, las dos vestían su habitual uniforme de legionario. Al igual que Livia, lucían en la coraza una hoja de laurel de oro, y no llevaban casco para dejar volar con libertad sus largas cabelleras sobre la capa negra, que también distinguía a la guardia personal del César. Tres melenas largas pero totalmente distintas, Livia tenía cabellos oscuros como los de su madre y su abuela, Dunia era rubia y Lobi pelirroja. El César recordaba en muchas ocasiones el día en el que recogió a las huérfanas. Las niñas se abrazaron a él, y Lobi, con su rojizo pelo alborotado y sucia por todas partes, se puso a jugar con su barba. Poco tiempo antes había nacido Livia y las tres se criaron como si realmente fuesen hermanas de sangre. Con la edad aprendieron que aquel detalle del destino no tenía importancia.

Taurus regresaba con los caballos cuando un legionario se acercó para seguir su paso y caminar a su lado.

—Hola, romano. ¿Ya vais a salir? —Tracio se acercó más todavía.

—De un momento a otro, queremos aprovechar la jornada.

—¿De dónde es tu acento? No pareces de Roma.

—Soy germano pero mi familia trabajaba en la casa de la esposa del César, no recuerdo *Germania*.

—¡Vaya! Y siempre viajas con las hijas del *viejo*, ¿no?

A Taurus ya le asqueaba tanta pregunta, ¿qué maquinaba aquel hombrecillo enjuto y debilucho? Al tiempo que andaba, Tracio jugaba con una moneda, la lanzaba al aire y luego la recogía con la palma de la mano, pero en esta ocasión lanzó con demasiada fuerza y en la bajada se cayó al suelo. Taurus se agachó a recogerla sin soltar las riendas de los caballos. En ese instante, Tracio sacó una barra de metal que llevaba escondida y le propinó un terrible golpe en el cráneo. El gigante se desplomó sin conocimiento, sangrando a borbotones. El legionario salió corriendo entre las tiendas pero nadie se percató de lo ocurrido.

Dunia y Loberia conversaban con varios centuriones mientras esperaban a que su hermana saliese por fin.

—Todo en orden, los soldados forman fuera del campamento.

Mientras Dunia seguía las instrucciones de su hermana, Loberia clavaba sus ojos en otro lugar. Justo a unos pasos de la tienda de Livia, y sentado sobre unos maderos, un legionario comía una manzana y la partía con un pequeño cuchillo.

—Dunia, ¿qué hace aquel hombre? Ven, veo algo extraño.

—¿Qué es? Espero que no sea lo que estoy pensando.

Livia se asomó a la entrada, dio varios pasos buscando a sus hermanas con la mirada.

—Ahí están. —Caminaba hacia ellas con paso firme, pero de pronto un hombre se acercó amenazándola con un objeto que portaba en la mano. Todo sucedió con gran rapidez: Livia sintió que algo volaba próximo a su pecho y se echó a un lado al tiempo que el hombre se caía hacia atrás. En un segundo apareció en escena Loberia. La joven venía a la carrera y se abalanzó sobre el soldado, asestándole una puñalada con una daga que siempre llevaba oculta entre sus ropas. Ya no era necesario, una flecha le había atravesado la garganta.

Todavía aturdida, Livia se levantó ayudada por dos centuriones y por su hermana Dunia, que sujetaba un arco entre sus manos.

—No me lo puedo creer, han intentado matarme en un campamento con casi cuatro mil soldados. —Lobi se ponía en pie sobre el cuerpo inerte y le

propinaba una patada. Si no es por vosotras, no sé que hubiese pasado, ¿y Taurus?

—Buscad a Taurus, esperemos que no lo hayan matado. —Dunia tiró su arco a un centurión.

—¡Os vais a enterar! ¿Estás bien, Livia? ¿Y tú, Lobi? ¡Malditos incompetentes! Cuando el César se entere de esto...

—Tranquilízate, estoy perfectamente, ni me ha rozado.

—Yo también. —Loberia limpiaba el filo de su daga con la suela de la sandalia, todavía miraba desconfiada hacia el cadáver.

MEILOND. GALLAECIA

La lluvia no cesaba sobre Meilond. Un día plomizo y luego una noche cerrada, solo se divisaban pequeñas hogueras que calentaban a aquellos a quienes les tocaba hacer la guardia.

Nuadu estaba sentado contemplando a su padre. El anciano dormía envuelto en las pieles que servían de abrigo a su lecho. Tuatha agonizaba. Su situación había empeorado los últimos días, y sus viejos pulmones sufrían resonando en la cabaña con un tétrico silbido.

—Aguanta, padre. Tu fuerza te guiará. —Nuadu tenía los ojos llenos de lágrimas, pero no volvía la cara para que su hermana Rosmerta no lo viese así.

Docenas de recuerdos de su niñez volvían una y otra vez a su mente. Cuando lo acompañaba a pescar y la primera vez que fue de caza. También cuando su padre lo llevó en brazos desde Meilond hasta la ciudad romana para curarse unas fiebres que casi acabaron con él. Recordaba a Tuatha con su madre Raisa justo antes de nacer Ros. Tendría una hermanita y su deber era cuidarla.

Pero sobre todo, sus recuerdos revivían las hazañas de su padre. Tuatha era jefe porque se lo había ganado a pulso luchando como el que más. Cuando decidió ayudar a los romanos en la construcción de su muralla y la nueva ciudad, no todas las tribus de *Gallaecia* se alinearon en las filas del mismo bando. Nacieron tiempos de lucha entre pueblos hermanos y Tuatha

llevó a su gente a la victoria. Hasta la actualidad, siempre se había rechazado la ayuda de los legionarios, Meilond no olvidaba nunca sus raíces guerreras.

El joven celta sabía que cuando *el viejo* no estuviese tendría que recoger su testigo. Aún sonaban en sus oídos las palabras de Ros.

—¡Lo estarás, lo estarás, lo estarás...!

Su destino caminaba por la senda del arte, de la ciudad. Su vida era sentir bajo su mano la piedra que iba a esculpir, la piedra a la que daría vida propia. Su sueño, que sus obras perdurasen a través de los siglos. El legado Paulo Máximo le había prometido que regalaría una, la que representaba al dios Apolo, al propio César. ¡Una de sus piedras en el Palatino, increíble, en la casa del César! También en la aldea se admiraba su arte, y allí estaba su preferida. La petrificada figura del abuelo de Tuatha destacaba sobre las chozas de la aldea. El último rey de los celtas reinaba desde su pedestal de roca. Thofinn había sido un gran hombre que mantenía la unión. Con su desaparición, los pueblos galaicos se rompieron en mil pedazos y la época de bonanza dejó paso a la sangre y al dolor. Las tribus se enfrentaban por la sucesión y Tuatha decidió desistir del enfrentamiento aunque tenía más argumentos para ser el nuevo monarca. No quiso enviar a los pueblos del Norte a otra guerra mortal después de tantos años sangrientos, y llegó a un acuerdo con el Consejo de Sabios, obligando a los sureños a aceptar el pacto a regañadientes.

—Ros, trae algo para limpiarle la frente.

Rosmerta buscó un cuenco con agua y a continuación se quedó mirando a su hermano fijamente.

—Si padre muere, ¿crees que se encontrará con Raisa?

—Desde luego, *el viejo* confía ciegamente en la existencia del mas allá. Y, con lo tozudo que es, seguro que la busca hasta encontrarla. Aunque pasen mil años, lo conseguirá.

—Espero que nosotros podamos saberlo de alguna manera y rezar para que nos vean felices y nos protejan.

—Algún día, Ros. Algún día nos tumbaremos sobre la hierba mirando a las estrellas, y en la inmensidad del firmamento podrás ver a las más luminosas, ellas nos guiñarán un ojo con su fulgor. Allí estarán.

Le encantaba escuchar a su hermano. Nuadu hablaba diferente al resto de su gente. El maestro romano le había enseñado no solo a esculpir, también a leer y a hablar otras lenguas, e incluso matemáticas y literatura. Siempre estaba dispuesto a aprender, y además de buen alumno era un buen maestro. Después transmitía a Ros y a otros niños de Meilond gran parte de lo que él mismo sabía. Cuando algún romano adinerado necesitaba a alguien para trabajar en su hogar o en sus negocios, sabía en qué pueblo buscar. Meilond, quizá por su proximidad con *Lucus Augusti*, era la aldea más romanizada del norte de *Gallaecia*. Roma era el mundo y sus costumbres los dominarían a todos. Así pensaba Nuadu y Ros creía firmemente que su hermano estaba en lo cierto.

—No comprendo por qué un hombre sufre tanto sin que los dioses lo reclamen a su lado.

—Dagda lo protege, estoy segura.

—Pues Dagda tendría que borrar ese rostro angustiado y darle un respiro.

—Lo hará, ten fe en los dioses. Romanos o celtas, no somos nada sin ellos, ni siquiera la vida se escapa a sus deseos o a sus caprichos.

EL SENADO. ROMA

El Senado estaba repleto ante la visita del César. Todos los senadores, ataviados con sus mejores galas, aguardaban con impaciencia la llegada del emperador. Vestían túnicas blancas, tan inmaculadas que parecían desafiar a la vestimenta del propio César. La tela se adornaba con unas estrechas franjas rojas que se volvían más anchas según la jerarquía de su portador. Los padres de Roma se situaban a ambos lados de una amplia alfombra, por la que el primer romano caminaba con paso firme acompañado por su inseparable Cornelio.

El Senado había enviado en varias ocasiones a Plinio y a Horacio Séptimo para reclamar la presencia imperial. Tras varias excusas sin demasiado fundamento, por fin se anunció la esperada comparecencia.

Plinio actuaba habitualmente como moderador, aunque era también el encargado de las presentaciones.

—Padres de Roma, estamos hoy aquí para debatir acerca de la situación del Imperio con nuestro amado César. La Curia desea conocer de primera mano todos los asuntos que deban recibir su atención. Además, quiere colaborar como lo ha hecho siempre con nuestro señor en las tareas de gobierno. Quizá así pueda disminuir algo el peso que se apoya sobre sus hombros.

Plinio hablaba de cara a los senadores, pero luego se giró para ver bien los ojos del ilustre visitante.

—Amado César, emperador de Roma, dos asuntos nos preocupan, quizá tu sabiduría nos instruya y nos tranquilice. Por un lado, la situación de *Germania* parece descontrolarse por momentos, los ataques a las caravanas comerciales se suceden sin que nuestros legionarios sean capaces de atajar el problema. Por otro, el Senado está intrigado por el sorprendente viaje de tu hija Livia al norte de *Hispania*. Sabemos de buena fuente que un destacamento de la Guardia Prima salió a su encuentro, y también que se prepara en *Asturica* un traslado de infantería y provisiones con destino a *Lucus Augusti*, donde es gobernador el hijo de Paulo Fabio. Ambos temas son un misterio para nosotros. ¿Esconde algo el César?

Tras su exposición, Plinio bajó los escalones y ocupó su posición junto al resto de sus compañeros, justo en el último lugar libre de toda la sala, entre Horacio y Paulo Fabio. Precisamente fue Horacio Séptimo el que dio un paso al frente y anunció.

—Senadores, escuchad con atención, la voz del César es la voz del pueblo de Roma.

El César se levantó de la butaca que ocupaba. Hasta entonces él era el único en la sala que permanecía sentado. Incluso los escribas de actas del Senado se escondían detrás de un atril sobre el que trabajaban. El semblante del César se mostraba serio, y Cornelio sabía que su amigo estaba cansado de tanta retórica inútil. Ambos compartían una misma idea acerca de la mayoría de senadores, y, sobre todo, de la arrogancia de algunos para tratar asuntos de estado que no en todos los casos les correspondían. Cada uno desempeñaba una función perfectamente definida,

pero con el nuevo sistema de separación de poderes no les gustaba que muchos asuntos se escapasen al control de la Cámara.

—Padres de Roma, no es justo que venga a la casa del pueblo a sufrir un interrogatorio. El César no esconde nada, lo primero en lo que piensa día y noche es en el Imperio y en sus ciudadanos.

El elevado tono del discurso sorprendió a los asistentes, y los murmullos se extendieron ante las agresivas palabras con las que comenzaba el orador.

—Es cierto lo de *Germania*, la verdad es que yo también estoy preocupado. Varias tribus, hasta ahora controladas, han tenido una magnífica visión. —El enfado dio paso a la ironía. —Se les ha ocurrido la brillante idea de que son ellos los que deben exigir impuestos a Roma, y no al revés. Importante problema, y a grandes problemas, grandes soluciones. Cornelio va a reunir a los generales para remediar esto lo antes posible. Luego mi ayudante os explicará con detalle nuestro plan.

El César se dio un respiro, avanzó dos pasos y descendió un escalón.

—En cuanto al viaje de Livia, voy a dar a los ilustres senadores una noticia que les sorprenderá tanto como a mí. Todos recordamos a nuestros maestros narrando la leyenda de las fascinantes Islas Casitérides.

¿Leyendas? Seguro que eran cuentos de viejas.

—Los griegos organizaban expediciones y expediciones en su busca, y siempre sin éxito. Hasta el mismo Timónides se unió a los exploradores, y se cuenta que murió buscando hasta el fin de sus días.

Todas las miradas se centraban en el emperador, ninguno quería perderse ni el más mínimo detalle. Aquel viaje tomaba una importancia que nadie había sospechado. Tras otra premeditada pausa, el primer romano se decidió a dar rienda suelta a la gran sorpresa.

—Nuestra expedición parece haber localizado las viejas islas del estaño, pero eso no es todo, hemos encontrado tal cantidad de mineral, incluso en la misma costa, que ni en tres siglos seríamos capaces de arrancarlo de la tierra y traerlo hasta Roma.

Los murmullos se disparaban. Unos no se lo creían y otros ya pensaban en sacar una buena tajada del negocio. No todos los hombres influyentes pensaban antes en el pueblo que en su bolsillo.

—Increíble, ilustres padres de Roma, pero cierto. Ya sean las Casitérides o no, todo ese estaño, unido al cobre, nos dará bronce suficiente como para recubrir todas las calles y casas de la ciudad.

Paulo Fabio se destacó entre los alborotados senadores y ocupó el centro del pasillo, alzando los brazos para rogar silencio. Fabio era sin duda el más respetado entre sus compañeros.

—Noble César, tu hija Livia se dirige hacia *Lucus Augusti*, la comarca de Paulo, humilde servidor del César y fiel a Roma. ¿Está acaso tan ciego mi hijo para no haber visto algo semejante?

—Querido Fabio, amigo mío, puedes estar tranquilo, tu hijo es un buen gobernador y aprecio su trabajo y su dedicación. La localización es galaica pero la expedición en cuestión provenía de *Bracara Augusta*, al norte de *Lusitania*. Si Paulo Máximo aún desconoce los hechos es porque queremos reforzar su posición antes de que los pueblos de la zona quieran obtener botines a nuestra costa. En ese caso, se le vendría el mundo encima, y nadie quiere que eso ocurra, ¿verdad?

Fabio parecía convencido pero le dolía que el emperador no se lo hubiese consultado, o al menos advertido, tratándose de su hijo. No menos le disgustaba que Livia llegase a *Lucus* para llevar el mando de las operaciones.

—Augusto señor, si la memoria no le falla a este anciano, *Lucus Augusti* está alejada de la costa. Entonces, ¿por qué interesa a Roma esa posición?

—Como bien saben Fabio y sus ilustres compañeros, la nueva muralla es la mejor fortificación de la zona, y aunque *Bracara* está más próxima, su defensa es más vulnerable. No disponemos de doscientos años más para construir otra igual, o es ahora o nunca, Cornelio os informará mejor que yo, él conoce la situación como nadie.

El César se sentó y cruzó su mirada con la de su lugarteniente, Cornelio tomó la palabra mientras el viejo senador permanecía en la zona central. Cornelio era apreciado por los miembros de la Curia, quizá más que el propio César, pues era en él en quien solía delegar las relaciones con el Senado. Aunque ambos habían seguido siempre los mismos pasos, el emperador continuaba siendo un soldado pero Cornelio se había convertido, con el paso del tiempo, en un extraordinario político. Esta era una razón más entre las

muchas que lo convertían en la mano derecha del hombre más poderoso del mundo.

—Nobles senadores, noble Fabio. Os hablaré de geografía. Quizá la lejanía de esta parte de nuestro Imperio cause desconocimiento a alguno de los presentes.

Cornelio se sentía a gusto hablando para un salón repleto de hombres que le prestaban la máxima atención.

—*Lucus Augusti* se asienta en el este de *Gallaecia* y está comunicada mediante calzadas con *Bracara* y *Asturica*. También existe calzada desde *Iria Flavia* y *Brigantium*, con lo cual tendríamos bastante cerca la posibilidad de enviar o recoger lo que queramos por vía marítima. *Lucus* era antiguamente un campamento legionario, pero en la actualidad se trata ya de una ciudad con todos los servicios y nada que envidiar a cualquier otra de *Hispania*. Terminada su muralla, es un enclave ideal para la protección de nuestras mercancías.

El orador respiró profundamente para luego continuar con su explicación. Sus oyentes lo escuchaban como el alumno extasiado con la sabiduría de su maestro.

—Desde allí, podemos comerciar por la vía de *Asturica* con el sur de *Hispania*, o atraer el comercio hacia la propia Roma a través de *Caesaraugusta* y la *Galia*. Las posibilidades son infinitas, y es conveniente aprovechar el azar que nos ha ofrecido el destino. No era *Britannia*, era *Gallaecia* el escondite de las islas perdidas.

Cornelio buscó con la mirada a Fabio, necesitaba provocar la reacción del viejo zorro.

—Paulo Máximo es uno de nuestros mejores generales y sabrá como organizar la operación, las hijas del César únicamente prestarán ayuda y consejo si él lo estima conveniente. El legado es un hombre eficaz y valiente que llena de orgullo a su padre, pero también a todos sus conciudadanos.

Paulo Fabio parecía convencido y se retiró a su escaño. Sabía muy bien que su hijo no defraudaría al César.

Un guardaespaldas se acercó para susurrar algo a su señor.

—Nobles amigos, espero que queden definitivamente despejadas vuestras dudas. Os pido mil disculpas, pues tengo que marcharme, otros asuntos me

requieren en el Palatino. Si os parece bien, propongo posponer el tema de *Germania* para mañana. Cornelio os pondrá al día. Espero que nadie dude de mi lealtad, trabajo sin descanso.

El primer romano agarró a Cornelio por el brazo y los dos salieron con paso firme atravesando el alargado corredor, el Senado estallaba en aplausos y vítores. Fuera del edificio esperaban la escolta imperial y los caballos. Aún se oía la algarabía que provenía del interior de la Curia.

ASTURICA AUGUSTA. HISPANIA

En aquel gélido amanecer, el susto todavía se adivinaba sobre el rostro de Livia. El general Vitelio llegaba al lugar de los hechos con toda la velocidad que permitían sus piernas.

—¡Qué los dioses me asistan! ¿Te encuentras bien, noble Livia? —La voz del general sonaba quebrada, nerviosa, casi no podía remover la lengua para arrancar alguna palabra.

—No te preocupes, búscame a Taurus y dime ¿quién es este malnacido?

Un centurión lo reconoció al dar la vuelta al cuerpo para ver con claridad sus facciones.

—Es Quinto, el hermano de Tracio, estuvimos a punto de expulsarlos de la legión en *Numantia*. Son unos carniceros y, por lo visto, también traidores.

—Su madre no puede sentir mucha simpatía por ellos.

—Tenemos que encontrar a Tracio, seguro que ese pájaro tiene algo que ver en esto.

Vitelio estaba sonrojado. Si Livia hubiese muerto, él habría terminado sus días de vida crucificado en la Vía Apia, al igual que Espartaco y sus hombres después de la rebelión de los gladiadores. En aquellos legendarios días, los ejecutados fueron exhibidos a lo largo de toda la Vía para que los romanos pudiesen ver el arrepentimiento en sus rostros sin vida.

—Dunia, Lobi, no os alejéis de mi lado. Ha sido un buen tiro, Dun. Si tu flecha no hubiese encontrado el blanco...

La destreza de Dunia con el arco se perfeccionaba a diario desde la niñez, incluso había competido en varias ocasiones contra los mejores arqueros

romanos, consiguiendo excepcionales resultados. Loberia, en cambio, utilizaba la sigilosa daga. Como en la vida, prefería el cuerpo a cuerpo.

Dos legionarios resoplaban mientras arrastraban a Taurus a duras penas. La envergadura y el peso del germano les hacían ver las estrellas. Taurus tenía una buena brecha en la cabeza y aún no lograba mantenerse en pie por sí solo.

—Lo siento, es imperdonable y no merezco ni vivir.

—Mi buen Taurus, no digas tonterías, el único dañado eres tú.

Mientras Livia lo consolaba, el rubio gigantón lloraba como un niño. Dunia le limpiaba la herida de la cabeza con sus propias ropas, tiñéndolas con sangre. Los soldados veían la escena y lo envidiaban, ¡quién pudiese recibir las mismas atenciones!

Desde un pequeño montículo cercano, Tracio se agachaba en un matorral para ver sin ser visto.

—Han matado a Quinto, ¿por qué me has fallado, hermano? Era sencillo y lo teníamos todo planeado. —Se hundió el casco para ocultar la cara, tenía que salir de allí o lo cazarían. ¡Demasiado tarde!

De pronto una nube de soldados lo rodeó. No había escapatoria, pero vendería cara su captura. Cegado por la ira, echó a correr hacia ellos blandiendo en alto su espada. Los primeros dos hombres que se pusieron en su camino cayeron al suelo heridos de muerte. A continuación arrebató una jabalina a otro osado legionario y lo atravesó sin contemplaciones. Pero eran muchos, y poco a poco lo fueron acorralando contra los maderos de la fortificación exterior. Un centurión de la Guardia Prima se acercó a Tracio. Era Flaco, el último amante de Loberia Augusta.

—¡Entrégate, soldado, o morirás! —Flaco portaba una lanza de combate y amenazaba con ella al hispano.

—¡Nunca, perro de Roma! —Tracio se abalanzó sobre el centurión, pero la jabalina lo frenó en seco causándole una herida en el costado izquierdo.

Las hijas del César y Taurus, ya recuperado, llegaban en ese momento escoltados por el general Vitelio y varios centuriones de capa negra. Taurus estaba enfurecido, aquel tipo lo había engañado con el truquillo de la moneda. Agarró por el cuello al traidor y lo levantó en el aire casi medio

metro. Lo hubiese estrangulado de no sentir sobre su hombro la mano de Loberia.

—Déjame a mí, Taurus. Yo me encargaré de él en esa tienda.

El gigante no quería soltarlo pero Livia lo convenció.

—Vamos, Taurus. Lobi sabe lo que hace.

Cuatro legionarios cogieron al prisionero por brazos y piernas y lo pasaron al interior de la tienda. Flaco le ataba las manos por precaución.

La pelirroja se sacó el alfiler que sujetaba su larga melena y le dio a Tracio una fulminante punzada en la nuca. Ahora esperaba a que la droga funcionase. Lobi no apartaba sus ojos de los del moribundo hombrecillo.

—Bien, soldado. Ahora tú y yo tenemos que hablar.

—Apártate, zorra. Ninguna mujer maneja a Tracio. —Lobi sonreía.

—No conocéis a nadie de mi familia, así que alguien os envía, ¿quién os paga? La droga comenzaba a surtir efecto pero la vida se escapaba del cuerpo de Tracio.

El hispano quería hablar, pero sus palabras no pasaban de un jadeante balbuceo. Loberia seguía mirándole y de pronto se percató de un detalle. La mano izquierda del hombre permanecía cerrada, como si la apretase con fuerza. Intentó abrirla pero costaba. Poco a poco consiguió que fuese cediendo, al tiempo que la respiración de Tracio se aceleraba hasta detenerse con un prolongado suspiro.

Lobi extrajo de la mano tendida un pequeño objeto dorado, y entonces salió de la tienda.

—Ha muerto. —Junto a Livia, una multitud de soldados esperaba a una prudente distancia del blanco barracón. Lobi estiró la mano para mostrar el objeto a su hermana Dunia.

—Es un anillo, un sello de oro con una S grabada en el centro, la joya de un hombre rico. El César tiene enemigos poderosos. Y tú, Livia, ¿qué opinas?

—Tenemos que avisar a nuestro padre y él encontrará al enemigo. Se lo haremos pagar. ¡Vaya que lo pagará!

MEILOND. GALLAECIA

Tras llover sin descanso durante varios días seguidos, los tenues rayos del sol por fin volvían a brillar sobre la aldea. Nuadu paseaba entre las cabañas de sus vecinos cuando alguien conocido se aproximó.

—Nuadu, un mensajero romano quiere ver a Tuatha.

—Acompáñame, vamos a su encuentro. —Nuadu y Tatal eran amigos desde la niñez. Nuadu era el artista, Tatal el guerrero.

Un legionario a caballo esperaba en silencio en el exterior de la empalizada.

—Soy el hijo de Tuatha, ¿qué se te ofrece, pretoriano?

—Me envía el legado Paulo Máximo. Se espera que lleguen delegados de Roma para inspeccionar las obras en la muralla. El legado ruega a los jefes de las Siete Aldeas que acepten su invitación para asistir a la recepción.

—¿Cuál es la respuesta de las otras aldeas? ¿Aceptaron?

—Ellos acudirán, Meilond es mi última visita.

—Di a tu general que Tuatha está enfermo. Lo representaré yo. Paulo Máximo me conoce, no habrá problema.

—Lo haré, te deseo la recuperación de tu padre.

El jinete partió al galope por el camino que serpenteaba paralelo al río. Los dos jóvenes celtas caminaban de nuevo hacia el centro de la aldea. Mientras, las nubes volvían a esconder al astro rey, amenazaba la lluvia de nuevo y la oscuridad del cielo presagiaba un fuerte aguacero.

—Escúchame, Tatal. Cuando vaya a la ciudad cuida de mi padre y de Ros.

—Ándate con ojo, los romanos que envía el César no suelen ser como los de aquí. No te fíes, quizá no sean muy amistosos.

—Pierde cuidado, amigo mío.

LUCUS AUGUSTI

Meilond no sería el único lugar en recibir a inesperados mensajeros. El legado de *Lucus* se hallaba ante un centurión de la Guardia Prima. Aquello sí era una sorpresa, ¡la guardia personal del emperador!

—Ave, legado. El César te saluda, traigo este despacho para ti. —El soldado le extendió un pergamino enrollado sobre el que destacaba el sello imperial.

Paulo leyó su contenido y luego preguntó al centurión.

—¿Están cerca?

—A mitad de camino entre *Asturica* y *Lucus*, yo me he adelantado.

El contenido del mensaje dejó a Paulo de piedra. No imaginaba algo así, esperaba a un general o incluso a un senador, pero nunca a la hija del César. ¿Vendría con ella Loberia? Seguro que sí, ¡maldita sea, lo que faltaba!

—Está bien, soldado. Retírate a descansar.

—Me gustaría, pero no puedo. Mi obligación es volver al encuentro de la caravana. Yo mismo vendré a avisarte cuando nos falte una jornada de camino. —El legionario saludó al legado con el brazo y salió del despacho.

Paulo se quedó en soledad maldiciendo su suerte. Pensaba que quizá el Imperio no era lo suficientemente grande como para que el destino le enviase una misma piedra, un escollo con el que tropezar una y otra vez.



BIENVENIDA, *LIVIA AUGUSTA*

TEMPLO DE JÚPITER ROMA

La colosal figura del dios de dioses, Júpiter, parecía aplastar al primer romano, que resultaba insignificante a su lado. El templo era uno de sus lugares preferidos para evadirse y reflexionar. Se respiraba tranquilidad en el

ambiente. Meditaba siempre en silencio, como un hombre cauteloso al que gustaba medir bien sus pasos, y quizá el padre de los dioses pudiese echarle nuevamente una mano.

No veía con claridad el camino que había que seguir. Su voz interior le empujaba a partir hacia *Hispania*, la voz del padre. Pero la voz de Roma le obligaba a coger por los cuernos al toro de la *Germania* oriental. Si algo odiaba era depositar sus dudas en una balanza, a la espera de que un extremo pesase más que el otro para tomar la decisión final. Y lo detestaba, porque siempre pesaba más Roma que cualquier otra cosa.

Cuando concluyó sus oraciones, se dio la vuelta para dirigirse a la entrada principal. En su camino se cruzó con una de las sacerdotisas del templo, que se disponía a cambiar las flores del día anterior por otras recién recogidas en los jardines imperiales de la Isla Tiberina. La mujer se inclinó a su paso y le ofreció una orquídea. El César la recogió y le dio las gracias.

—Puede que necesite otro amor. —A la vez que lo pensaba para sus adentros, sonreía y recordaba a su esposa Apolonia—. Ya soy demasiado viejo, una muchacha así me enviaría a la tumba.

El emperador volvió a caminar y salió a la calle. Cornelio lo esperaba repasando las actas del Senado para hacer tiempo.

—Cornelio, ya puedes hacer los preparativos.

—¿Cuál es el destino?

—*Germania*.

—A tus órdenes, César. Entonces, ¿no iremos al Senado?

—No hay tiempo, envía a alguien a buscar a Fabio, con él será suficiente.

¡Por fin! Ya se había decidido. Cornelio podía oler la gran jugada, una de aquellas que su amigo se sacaba de la manga en momentos tan complicados.